

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 239

Valencia, 28 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Un sabio y un patriota

Don Pío del Río Hortega

Del Río Hortega, el investigador de renombre universal, ha sido invitado por las Universidades de Londres y de Caracas para organizar unos cursos de histología del sistema nervioso. Conociendo la vasta y original labor de Del Río, nada tiene de extraño que los centros docentes del mundo se disputen sus enseñanzas. En el mes de enero, fué a París, enviado por el Gobierno de la República, para proseguir sus estudios sobre los tumores del sistema nervioso y contribuir con sus trabajos a la publicación del Atlas que, en colaboración con otros especialistas extranjeros de primera categoría, está próximo a ser editado.

Pero el continuador de la obra inmortal de Cajal —creador a su vez de métodos y técnicas originales— no es sólo un investigador aislado en el caparazón de su laboratorio, es también un ciudadano de la República española en toda la honrosa extensión de este preciado título. Su actitud no ha sido destacada todavía lo bastante. Sobre los que, temiendo al pueblo sin conocerlo, pusieron varias fronteras por medio y se dedicaron a llenar de denueros a su patria, atravesando para ello el Atlántico, se eleva la figura de Del Río, que hallándose en julio del 36 en el extranjero, no dudó un momento en regresar a España, a Madrid en unos instantes de zozobra para la República. Cuando los facciosos avanzaban hacia la capital; cuando las tropas de invasión habían ocupado después de destruirlo Carabanchel; cuando los primeros obuses fascistas enfilaban las calles madrileñas; cuando el Gobierno comenzaba a pensar en la conveniencia de evacuar la ciudad y especialmente en sacar de ella a los hombres de estudio y de sus laboratorios para preservarlos de posibles daños, aparece don Pío del Río, que, desde el avión que lo trajo de París, se dirige al Instituto del Cáncer, ante el estupor de los que supimos su llegada. Porque el Instituto, como todos los demás establecimientos de sus proximidades, en el Parque del Oeste, era ya batido con la sañuda preferencia que los facciosos dedican a los centros culturales. Pero Del Río cumplió su deber; puso a salvo lo más importante de la institución —entre otras cosas el radium— tres días antes de que los rebeldes entrasen a saco en el edificio. Hasta que fué materialmente imposible acercarse a aquellos lugares, vimos a Del Río en su puesto de Director del Cáncer. Silenciosamente, sin pedir certificado de héroe, este sabio, cuya vida nos era tan preciosa, se exponía a diario para evitar que la República y el pueblo perdiesen el importante material que se encerraba en aquella casa. No era sólo el fervor que el hombre de laboratorio siente por su ciencia, sino también su antifascismo, el que le impulsaba a colocarse al lado del Gobierno para servir a la causa popular.

Aprovechando su estancia última en París, realizó viajes a Holanda, Checoslovaquia y Bélgica, por cuyas Universidades fué invitado a pronunciar conferencias científicas. Nada tan eficaz como la presencia de un investigador de su altura, para aumentar el crédito de la República en el extranjero.

Y ahora, don Pío, ha vuelto a estar entre nosotros. Antes de marchar a América con una misión cultural, ha querido ver de nuevo a su pueblo y partir con todos los honores que merece, no como un proscrito ni como un cobarde. Su labor fuera de España ha de reportarnos grandes beneficios, morales y materiales.

Una de sus conferencias o de sus preparaciones histológicas, es tan eficaz como la propaganda más inteligente. Y la admiración que su obra despierte, se traducirá, por lo menos, en respeto para una causa a la cual no dudan en adscribirse hombres de la talla del gran histólogo.

Ha llegado a Gibraltar, evadido del campo faccioso, el fraile capuchino Manuel Cardona

Huyó del fascismo porque no podía soportar el crimen, la inhumana y cruel persecución de que se hace víctimas a cuantos se supone desafectos, aunque vistan hábitos religiosos

Procedente del campo faccioso ha llegado a Gibraltar Manuel Cardona, que pertenece a la comunidad de frailes capuchinos. Es un joven de 23 años, y en el mundo religioso se le conoce con el nombre de Hermoso Salvador.

Ha venido huyendo de la crueldad que allí impera, pues su espíritu no ha podido soportar por más tiempo el crimen y la inhumana y cruel persecución de que se hace víctimas a los que muestran el menor desafecto a las huestes facciosas. De la persecución, ha dicho, no se libran ni los religiosos.

Este evadido ha hecho un relato de su vida en el territorio dominado por el fascismo.

Ha manifestado que al estallar el movimiento rebelde ejercía su ministerio en Zaragoza. Luego ha recorrido otras capitales, entre ellas San Sebastián, y últimamente Santander.

Dice que se le impuso la ciega sumisión a los fascistas por las autoridades eclesiásticas que conocían los propósitos del fascismo, el alcance y la significación del movimiento.

Hallándose en Zaragoza intentó

fugarse con el propósito de pasar a Francia; pero le fué imposible llevar a cabo su proyecto, porque, a causa del gran número de evasiones hábilmente, especialmente por la frontera de Navarra, no se permitía la salida como no fuera con órdenes concretas.

—Los peores momentos para mí —ha dicho— fueron los que pasé al conocer el fusilamiento de los sacerdotes vascos, muchos de ellos amigos míos. Se maltrató a todos y al que no se asesinó, se le condenó a presidio.

No creí jamás —ha añadido— que

Se refugia en Gibraltar, horrorizado de tanto crimen, el Subdirector de la cárcel de Sevilla

Las Iglesias son profanadas por los fascistas

GIBRALTAR. — El subdirector de la cárcel de Sevilla, horrorizado por las torturas a que se somete a los presos en aquella prisión, llegó ayer a esta población entre los refugiados que diariamente pasan, en masa, la frontera huyendo del territorio de Franco.

Hablando con el corresponsal del "Daily Herald", ha dicho que no podía soportar por más tiempo la permanencia en un lugar donde premeditadamente, a sangre fría, se cometen crímenes que luego llaman suicidios.

Otro de los refugiados es el fraile capuchino Manuel Cardona, el cual declaró que las Iglesias son profanadas y utilizadas para la propaganda política.

Dijo también que se obliga a la gente, pistola en mano, a escuchar los sermones políticos.

(«Daily Herald», 23-IX-937.)

En las páginas segunda y tercera:

La carta colectiva de los obispos facciosos

Réplica, por José Manuel Gallego Rocaful, Canónigo de la Catedral de Córdoba.

dentro de las ideas y sentimientos del catolicismo, existieran elementos que prestaran asentimiento y sumisión a hechos tan monstruosos que desprestigian los ideales puros de la religión, y son un atentado a los sentimientos de paz y amor que proclama su doctrina.

Los fascistas han alejado cada vez más al verdadero creyente, que ya no ora sino sobrecogido por el temor y por las fatales consecuencias de la contienda; han convertido los templos en locales de propaganda política y el concepto de Dios ha quedado postergado al de «nacionalismo» que se encarna en el cabecilla Franco.

Pero a éste se le discute abiertamente. En todos los lugares de la zona del Norte, que ha recorrido, dice que se discute la personalidad y la importancia del ex general Franco. Se considera muy inferior a la del fallecido Mola, y muchos lo enfrentan, incluso, con Queipo de Llano.

Agrega el fraile capuchino evadido, que la Prensa fascista se lee con indiferencia y que ni en los días de noticias sensacionales, las gentes la adquieren con entusiasmo, desorientadas como están por las contradicciones, embustes y constantes tópicos ordinarios que publica. Nadie cree en el triunfo y el ánimo de las personas ecuanímes está muy decaído.

—Aragón —nos dice— ha perdido incluso su sentimiento popular. El pueblo no sólo ha olvidado su propensión natural a musitar su

«folk-lore», sino que está callado y su coplero no ha podido soportar la grosería de los forzados poetas. La «jota», avergonzada de sufrir cuartetas soeces y chabacanas, ha enmudecido.

Con la proximidad de nuestras tropas a dicha capital, las autoridades están muy intranquilas y un terrible nerviosismo ha hecho presa en todas las gentes. A pesar de los crímenes cometidos para excluir a las personas afectas a nuestra causa, saben que en casi todas las organizaciones políticas y militares, se hallan cobijadas tantas personas identificadas con la República, que una orgía de disposiciones, hijas de la desconfianza en que se debaten, ha creado un cúmulo de confusiones, y temen que la caída de Zaragoza sea fulminante, apenas se perciban más cerca nuestros disparos.

Con motivo de haber enviado tropas para la defensa de Belchite, y ante el temor de que la población aprovechara el ser desgarnecida para sublevarse, estuvieron durante unos días, atemorizándola con disparos de cañón, desde el campamento de San Gregorio, que silbaban rasas sobre las casas.

El fraile evadido consiguió ir a Cádiz, alegando que en aquella ciudad tenía familia. El viaje lo hizo con billete de ida y vuelta, para evitar sospechas.

Desde Cádiz pasó a Algeciras, y desde allí, con billete de ida y vuelta también, y con el pretexto de unas compras llegó a Gibraltar.

CARTA REVELADORA

Un sargento del Tercio cuenta las "hazañas" italianas en la provincia de Santander

Mediana, 24. — Al ser registradas las ropas de un sargento faccioso muerto en uno de los combates de estos últimos días, entre otros documentos, le fué encontrada la siguiente carta, de cuya identidad respondemos.

«R. G. Zaragoza. — Querido amigo: Nuestro común amigo Q. M., al entregarte esta carta, te habrá contado la serie de vergüenzas por las que estamos pasando los que para redimirnos de una vida (¿por qué no decirlo?) caprichosa, nos alistamos en el Tercio. El sabe bien las barbaridades que se han cometido con esta pobre gente santanderina, y que dejan tamaños los destiñados contra las familias de los mineros asturianos en octubre de 1934. ¿Te acuerdas? He llegado a horrorizarme, porque para nosotros, hastiados de la vida de placeres de todo orden que la locura nos llevó a realizar, este mismo hastío nos vuelve a la razón y más al comprobar que los desafortunados, los «criminales legionarios», somos unos angelitos comparados con los piosos requetés y con sacristanes falangistas. Pero la verdad es que a unos y otros nos han salido unos competidores, a los cuales nunca podremos superar, ni tan siquiera igualar; los «macarronis», que han venido a España a matar el hambre, a arrasarlo todo y a robar lo poco que quedaba; a convertir la patria en un burdel, deshonrando a las mujeres y refinando los instintos criminales, hasta dejar bien parados a los de la Santa Inquisición.

He visto por estos pueblos a santanderinos, y muy particularmente en Torrelavega, y en Villacarriedo, y de una manera particular en la propia capital de Santander, actos que repugnan hasta mis anteceden-tes. Matar porque sí, para gozar

viendo cómo sufrían la víctima y sus familiares; destruir por capricho. Obligar a las mujeres ante sus padres, sus maridos, sus hijos o sus hermanos, a los más abyectos placeres eróticos... Ensanarse, en fin, con los vencidos. Eso es lo que han hecho los «Flechas Negras», que mejor podrían denominarse buitres. A todo eso, nosotros, impuestos a una disciplina rígida y con severísimos castigos si nos metemos con los italianos. Pero esto no se puede consentir. Hace tres días, el jueves por la tarde, la Banda Municipal de Santander dió un concierto en el templo del Paseo de Pereda. Al tocar la «Glovenezza», todos los españoles nos descubrimos; cuando después correspondió tocar el himno nacional español, un grupo de italianos empezó a armar bulla, y finalmente, al ser amablemente reprendidos, se liaron a silbar y a repartir estacazos a diestro y siniestro. Total, que se armó una verdadera batalla, disparándose una ensalada de tiros; y cuando al cabo de una hora renació la calma, yacían en el suelo siete muertos y unos veinte heridos, ninguno de ellos italianos. ¿Se puede aguantar esto? Luego, aún han sido fusilados tres compañeros de la Cuarta, dos moros, un falangista y dos paisanos. Te aseguro que no quedará así y que nosotros castigaremos como merecen a esos asesinos.

¿Las autoridades? ¡Nada! ¿Quién osaría oponerse a los italianos?

Ayer, el redactor de «ABC», Juan Deportista, que, como recordará, viene con nosotros, haciendo la reseña de la campaña, escribió un artículo recomendando prudencia en los clásicos procedimientos italianos; muy discreto, tan bien redactado que la censura lo dejó pasar. Por la noche, el censor fué llevado

a la cárcel, y el periodista también. A éste se le sacará, porque es quien es, y representa a lo más destacado de la Falange, pero al censor no le valdrá la casa santa y le pondrán cualquier noche de cara a la pared.

Ya te contará Q. lo de la chica de La Serna; a pesar de que el padre de la chica es persona influyente en los requetés. Pues ella, cuando sea madre, no podrá decir al hijo cuál fué su padre. ¡Fueron tantos! La pobre, para que los «macarronis» no abusaran de su madre, ni asesinaran a su padre, tuvo que ceder... y al hijo que lleva en sus entrañas habrá que ponerle por nombre: Italia.

Yo quiero pasarme a Falange; ya he enviado una instancia al efecto. No están casi nunca en el frente, y si es verdad que cobran tres reales en primera línea y uno en retaguardia, comen bastante bien y no les falta nunca tabaco y están bien considerados, mientras que nosotros, cobrando tres pesetas, como nos hacen pagar hasta el respiro, a la decena, cuando cobramos, sólo nos dan cuatro o cinco pesetas en total. ¡Quién fuera rojo! Esos sí que están bien. Al menos luchan con el afán de una mejora social, cuando nosotros lo hacemos en provecho de los explotadores!

No te digo más; Q. te será más explícito. Quema esta carta cuando la hayas leído, no fuera a reportarme algún disgusto. Que te vaya bien por Aragón, y ya sabes, cuando tengas ocasión de saltar, antes rojo que italiano. Con los mejores deseos, te abraza tu amigo A. G. Me escribes a (aquí el nombre y el número de una calle muy conocida en Santander). Santander.»

(«La Vanguardia», Barcelona, 26 de septiembre de 1937.)

Benito Mussolini, a Canossa

Italia, más modesta, se aviene a entrar, por la puerta de servicio, en el acuerdo contra la piratería

Mussolini ha encontrado, al fin, el camino de Canossa..., es decir, de Nyon.

Después de haberse negado de una manera insolente a asistir a la Conferencia, está ahora dispuesto a sumarse al acuerdo y tomar parte, una parte muy pequeña, en la supresión de la piratería en el Mediterráneo. El principio está acordado y sólo falta fijar las modalidades prácticas en una reunión de técnicos navales anglofrancoitalianos, que tendrá efecto dentro de pocos días en París.

La Prensa de Roma y de Berlín se felicita, en tono modesto, muy distinto al que tenía acostumbrado al mundo, de este escaso resultado.

Esta modestia inesperada de los dictadores de Roma y de Berlín, es sencillamente consecuencia de la firmeza de que han dado pruebas en la cuestión de la piratería las potencias democráticas occidentales. Ojalá no olviden, en lo futuro, lo que esa actitud ha demostrado con claridad meridiana!

Falta, pues, establecer los procedimientos.

Ello no deja de tener importancia y no está exento de dificultades.

En primer lugar, cuando Mussolini sintió la necesidad de entrar, si quiera fuese por la puerta de servicio en el sistema de vigilancia, reclamó la igualdad absoluta con las demás potencias mediterráneas, lo cual constituía ya un gran retroceso en comparación con la doctrina de «mare nostrum».

Ahora, si hemos de creer a los mismos diarios romanos, Italia no pide ya la paridad técnica, sino sólo la «paridad moral». Pero la pari-

dad como cualquiera otra cosa «moral» no se da: hay que merecerla.

Lo esencial es que los arreglos de carácter técnico que van a negociarse en París no ponen a Italia en condiciones de sabotear prácticamente la caza de los piratas. Que unidades navales italianas acompañen a las escuadrillas francesas e inglesas en su tarea de vigilancia sea; pero en esto también habrá que extremar la vigilancia para evitar toda posibilidad de sabotaje.

Lo que sí constituiría una torpeza peligrosa es confiar a Italia sola una zona cualquiera para su vigilancia. Porque entonces se correría manifestamente el riesgo de que esas patrullas italianas se transformasen en convoyes navales destinados a guiar y proteger... a los piratas.

Pero, en estos momentos, ni Londres ni París están de humor para prestarse a semejantes bromas. («La Peuple», 23-9-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

La carta colectiva de los obispos facciosos

Réplica, por José Manuel Gallegos Rocafull, Canónigo de la Catedral de Córdoba

Al año de guerra

Los Obispos españoles han dirigido a sus hermanos los Obispos del mundo entero una carta colectiva y pública sobre la guerra de España. El momento es propicio: al año de guerra, cuando ya han visto por sus propios ojos los daños irreparables que la rebelión militar ha causado y han tenido tiempo de superar con la oración y el recogimiento los ardores y los extravíos de la pasión política y partidista.

Ellos, los más auténticos representantes de la divina religión de Cristo crucificado, han pasado por el trance amarguísimo de ver a sus hijos convertidos en enemigos irreconciliables, buscándose con las armas en las manos para matarse. Habrán visitado hospitales, socorrido a heridos, asistido a moribundos, visitado las ruinas de los pueblos, consolado a las viudas y huérfanos, y todos esos dolores se habrán unido en sus corazones al inmenso dolor de ver a Cristo incomprendido, perseguido, blasfemado, y a su religión de paz y caridad, convertida en una nueva y mortífera arma de destrucción y de guerra.

Ante esta tristísima realidad, ¿cuál es la reacción de los Obispos españoles? ¿Condenan la guerra, repudian la violencia, abogan por la paz? ¿Qué dicen en nombre de Cristo a los combatientes? ¿Cuál es el testimonio que dan al mundo entero? Su palabra va a ser ciegamente creída por millones de hombres. Su influencia es tan grande en el interior de España, que tal vez de ellos dependa que la mantanza cese y la guerra se acabe o pierda gran parte de su crueldad innecesaria. ¡Terrible responsabilidad la de los Obispos españoles! Una apelación al mundo entero en favor de la justicia, de la libertad y de la paz, un llamamiento a la concordia de los que luchan, y tal vez la paz —una paz firme, porque vendría del interior— volvería a renacer en España. ¿Qué dicen los Obispos españoles?

Los Obispos españoles en esta ocasión, la más alta en que pudieran encontrarse, se ven obligados a defenderse de los reproches que les han dirigido los católicos más autorizados del mundo entero, tienen que rectificar muchas de sus afirmaciones anteriores, dejan entrever sus temores por un porvenir que les parece incierto, aluden tímidamente a la auténtica doctrina cristiana y, en vez de deducir las consecuencias lógicas de todo ello, terminan declarándose partidarios del rebelde Franco haciendo la propaganda de su causa, decidida y abiertamente.

¿Coacción de la autoridad militar? ¿Miedo? ¿Conveniencia? ¿Pasión partidista? ¿Convicción fanática? No hay por qué juzgar los móviles, pero ya es sobradamente penoso que cuando los Obispos españoles comparecen ante el mundo entero lo hagan como acusados y tengan que defender su propio prestigio en lugar de proclamar la pura y sencilla verdad de Cristo.

Las acusaciones contra los Obispos españoles

Basta tan sólo con reproducir las que ellos mismos conocen y de las que pretenden justificarse. A estas alturas, la realidad española es lo suficientemente conocida para que todo el mundo sepa hasta qué punto son o no justificadas.

1) La primera a que aluden es la que les hace «un político muy destacado en una revista católica extranjera que la achaca (la posición de la Iglesia española ante la lucha) poco menos que a la ofuscación mental de los Arzobispos, españoles a los que califica de ancianos que deben cuanto son al régimen monárquico y que han arrastrado por razones de disciplina y de obediencia a los demás Obispos en un sentido favorable al movimiento nacional». Los Obispos españoles desprecian la acusación y no tratan de justificarse. Realmente les hubiera resultado difícil negar que son ancianos o que fueron promovidos a sus dignidades, casi todos ellos, en tiempos de la monarquía. Pero no hubiera estado de más la afirmación expresa de que todos habían colaborado a la redacción del documento y habían tenido plena libertad para suscribirlo. ¿Es que se atreverá a negar el Cardenal Gomá que la carta ha sido redactada bajo su inspiración personal y después ha sido comunicada a todos los Obispos, que tenían que dar por escrito su aprobación o sus reparos? ¿Y es posible en un

régimen de terror como el que impera en la zona de Franco oponerse por escrito a un servicio nacional tan importante como el que supone la carta de los Obispos? ¿Por qué no la suscriben el Cardenal de Tarragona y el Obispo de Vitoria? ¿Cuántos otros se hubieran igualmente negado a firmarla sin la presión del Cardenal Primado y la coacción tácita de los militares?

2) «Otros —continúan los Obispos— nos acusan de temerarios al exponer a las contingencias de un régimen absorbente y tiránico el orden espiritual de la Iglesia, cuya libertad tenemos obligación de defender». Esta vez la acusación les ha hecho mella, porque más adelante vuelven sobre ella y dicen: «La Iglesia de España —leemos en una revista extranjera— ante el dilema de la persecución por el Gobierno de Madrid o la servidumbre a quienes representan tendencias políticas que nada tienen de cristiano, ha optado por la servidumbre».

Niegan ellos la servidumbre, pero ¿no es una clara prueba de que existe esta misma carta en la que la Iglesia se supedita por completo a la causa «nacionalista»? Además, ¿no les enseña nada la Encíclica que el Papa ha publicado contra el nazismo? ¿Por qué no la han divulgado en España? ¿Es que no saben los Obispos españoles la persecución que en la actualidad sufren los católicos en Alemania? ¿Se podría publicar en la zona rebelde el discurso de Goebbels contra la Iglesia católica?

Los Obispos españoles no le temen a la servidumbre, porque desgraciadamente hace mucho tiempo que viven en ella. Durante todo el tiempo de la monarquía fueron los aliados incondicionales de un Estado corruptor que, a cambio de un presupuesto de culto y clero, les exigía sumisión y silencio. Fué en esos años cuando se apartaron del pueblo y trataron de suplir con el favor oficial la falta de una fe profunda y sincera en los que seguían rutinariamente llamándose católicos. Dejaron que se mixtificara la religión y que se convirtiera en rutina, burocracia, política y granjería.

3) «Se ha acusado a la Iglesia de haberse defendido contra un movimiento popular, haciéndose fuerte en sus templos y siguiéndose de aquí la matanza de sacerdotes y la ruina de los templos». La acusación es muy grave porque si realmente fuera cierta, ni los sacerdotes muertos serían mártires ni el incendio de las iglesias sería una prueba de odio religioso, sino que tanto lo uno como lo otro serían la defensa lógica del pueblo contra sus agresores.

Sobre el hierro y el fuego

MADRECITAS

Un viejo veterano, que alcanzó los tiempos de esplendor de la Francia del segundo Imperio, me contó, hace bastantes años, un episodio, que tengo por apócrifo, pero que me impresionó muy hondamente. A veces, la ficción, aunque ella parezca paradoja, es más verosímil que la realidad; porque nos da cuenta del fondo de las cosas y nos hace meditar, cuando es inspirada en limpios y transparentes ideales. Refirió que un día, meses antes de ser declarada la guerra del '70, la Emperatriz Eugenia, que se hallaba a la sazón en toda su belleza y esplendor, emprendió un viaje en un "landau" cerrado, por la región del Marne. Un inesperado accidente descompuso el carruaje y la bella Eugenia de Montijo, decidió, en tanto que el vehículo era recompuerto, pues la avería carecía de toda importancia, visitar, acompañada de una de sus damas de honor, una casita rústica cercana, ocultando su nombre y condición, para, de este modo, poder, con mayor libertad, darse cuenta, una vez más, de las costumbres campesinas.

Fué recibida la Soberana por una estable y cariñosa aldeana, a quien los años, los trabajos y los sinsabores habían prematuramente avejentado, pues apenas si habría cumplido la cincuenta. Su figurilla desmedrada, su faz seca y rugosa, sus manos temblantes de dedos sarnientos y flácidos contrastaban con la vivacidad de sus grandes pupilas oscuras, sus movimientos seguros y su habla persuasiva, aunque tosca y rural. Acogió a las señoras con todo afecto y reverencia, pero sin hablar con quienes departía; las ofreció asiento, leche y miel, que las damas aceptaron gustosas, y pronto la conversación alentada por la Soberana, se hizo íntima y llana. La rústica era viuda y vivía pobramente merced a la cría de aves y el

cuidado de su pequeño huerto; su hijo único se hallaba en México, pero ella tenía la esperanza de verlo regresar muy pronto, pues se decía que Francia había dominado por completo aquellos territorios, que ella confundía, inocentemente, con el resto de América.

Abrió solita un viejo arcón y fué mostrando las humildes prendas, perfumadas con romero y tomillo, que tenía preparadas para el regreso de su idolatrado hijo. Las damas, conmovidas por aquella ingenua sencillez y bondad ingénita, examinaron una a una todas aquellas muestras del amor acendrado de una madre. Y ella sonreía ante su indulgencia y al hablar de su vástago ausente, se humedecían sus ojos con lágrimas de ternura y de pena que esperaba ver pronto disipada, pues su hijo, que pertenecía a la Guardia del Emperador Maximiliano, tornaría presto. En su última carta decía que no tuviera cuidado alguno por su suerte, que lo que fuera de su Soberano sería de él, pues se hallaba dispuesto a defenderlo con todo su heroísmo. De suerte que, como el Emperador estaba seguro de su regreso a Francia, con él volvería su hijo querido y podría abrazarlo y acariciar su rostro y cubrirlo de besos, como cuando era pequeño.

La Emperatriz se estremeció. Maximiliano había sido fusilado por las tropas de Juárez y era seguro que el hijo de la campesina habría corrido la misma suerte. Por primera vez se sintió culpable de la tremenda desdicha de la aldeana. Ella seguía mostrándoles recuerdos del hijo, pero Eugenia se apresuró a despedirse, luego de entregarle cinco monedas de oro de cien francos. Cuando la mujeruca besó sus manos y la dijo que guardaría el dinero para su hijo, la Emperatriz se sintió dolorida de su culpa. ¿No

había sido ella la que había insistido cerca de su esposo para que se siguiese la empresa descabellada de México y para que Maximiliano no regresara? Y debió pensar que, como aquella madre, había otras muchas madres en Francia, víctimas inocentes de la ambición insaciable de los grandes que todo lo tienen y quieren más.

Ya he dicho que el episodio de la vida de Eugenia de Montijo me parece apócrifo; ¿pero lo ha sido, acaso, el de la infortunada Carlota, implorándola de rodillas la vida de su esposo Maximiliano? ¿No ha sido verdadera la peregrinación por todas las Cortes de Europa, de Carlota, perdida la razón, arrastrándose a las plantas de todos los monarcas para pedirles el perdón de su idolatrado cónyuge? Luego, cuando Eugenia se vió sin trono, muerto su marido, sin poderío y sin honor, asesinado el hijo en la campaña de los boers, anciana la ex Soberana y arrojada del jardín de las Tullerías por un guarda, cuando se disponía a cortar una rosa, como recuerdo de su disipada grandeza, apoyada en su báculo y sin un solo resto de su dicha pretérita, ¿no pensaría en la otra sombra tétrica que, por su culpa, paseaba su locura durante treinta años por toda Europa, siendo para ella como una viva acusación? ¿Dejaría de ser evidente que en la Guerra del setenta, lloraron la muerte de sus hijos un millón de madres, que los esperaban con las prendas confeccionadas en sus largas noches de desvelo, guardadas en sus viejos arcones?

Medrecitas tiernas que esperan en vano a sus hijos... ¿Fué para saber un día que han muerto despedazados por la metralla para lo que los formaron en sus vientres, los amamantaron a sus pechos, los cobijaron de pequeños en sus

Ya hay pruebas de sobra

Existe una vasta organización de espías y agitadores

La evidencia, actualmente, hace imposible a todo el mundo, incluso a la Prensa conservadora, tanto de Inglaterra como de Francia, el negar que detrás de los recientes atentados terroristas cometidos en el último de estos países y como responsable de ellos, existe una vasta organización de espías y agitadores, que está en relación directa no sólo con los fascistas españoles, sino con Roma y Berlín.

Muchos, si no todos, de los miembros de esta amplia red, son, pertenecen o han pertenecido a «partidos de orden» sui géneris, partidos de extrema derecha, fascistas. También aparecen complicadas personas de elevada posición, que, por razones de clase, están prontas a unirse a los enemigos de su país y llevar a cabo lo que traman esos enemigos de la paz y de la libertad.

Si los fascistas y sus amigos llegan a esos extremos para hundir a Francia en el desorden y provocar la guerra civil, es natural que pretenderán, ya lo han pretendido, socavar la fuerza y el poder de la Unión Soviética, tierra del socialismo.

(«Daily Worker», 23-IX-1937.)

brazos y los adoctrinaron con sus máximas sencillas y conmovedoras para hacer el bien? Los culpables de las guerras, no los que defienden a sus madres y a sus hogares, debieran meditarlo. Todavía por su codicia y su soberbia feroz insaciable, esperaba a las genitoras campesinas otra nueva desdicha; la de ver destruido su hogar en llamas, la de salir de entre sus escombros con los míseros restos de su ajuar, para ser ametralladas por las carreteras, sin misericordia por los aeroplanos de las Naciones que se dicen civilizadas, sin que las otras, ante la infracción de todos los Tratados y de todos los dictados de humanidad, se atrevan a formular su enérgica protesta. ¿Qué idea se formarán, cuando cierre sus ojos fatigados la muerte, de la condición de los hombres y de la Justicia Suprema, a quien dirigieron en vano sus plegarias? Sería menester, para que fuera menos desconsolada su tragedia, que la ficción del relato fuera verdad, que las Princesas de los arripotentes Imperios y los

grandes de todos los emporios, visitasen las humildes cabañas, registrasen los viejos arcones perfumados de romero y tomillo, escuchasen el llanto de las progenitoras de héroes o que purgasen sus culpas, que si no se conmovían ante las lágrimas maternales, como la Emperatriz confiada y gentil retratada, sobre su caballo andaluz, en el Louvre.

ANTONIO ZOZAYA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

¿Cómo se defienden los Obispos? Simplemente con afirmaciones generales que nada prueban. Les emplazamos a que dijeran si son o no verdad los siguientes hechos: 1.º Los primeros días de la rebelión fueron absolutamente respetados los sacerdotes y los templos; 2.º Se disparó contra el pueblo desde diversos templos y conventos de distintas ciudades; 3.º Se encontraron armas y se encontraron barricadas en el interior de los templos y conventos; 4.º Las religiosas, aun después de los incendios y matanzas, fueron casi unánimemente respetadas. En cambio, es verdad que después la reacción fué exagerada y murieron con los culpables muchos inocentes.

4) «Se le imputa a la Iglesia la nota de temeridad y partidismo al mezclarse en la contienda que tiene dividida la nación». Contestan los Obispos que «la Iglesia se ha puesto siempre al lado de la justicia y de la paz y ha colaborado con los poderes del Estado, en cualquier situación, al bien común». ¿Cómo pueden afirmarlo seriamente los Obispos españoles? Si quieren la paz, ¿por qué hacen la guerra? Si están al lado de la justicia, ¿por qué ayudan a los opresores del pueblo? Si colaboran con los poderes del Estado, ¿por qué están con los rebeldes frente al Gobierno legítimo? Si no quieren mezclarse en la contienda, ¿por qué han declarado que la guerra es santa, que es una cruzada, que la sostiene el sentimiento religioso? Y ¿por qué escriben esta desdichada carta?

5) «Se dice que esta guerra es de clases y que la Iglesia se ha puesto del lado de los ricos». La realidad es tan patente que los Obispos no se atreven a negarla. Desgraciadamente, están con los ricos, con los malos ricos, que el Evangelio anatematiza. Para tranquilizar su conciencia los Obispos recurren a un expediente lamentable: niegan simplemente que las clases obreras tuvieran derecho a reclamar nada. Había, sin duda, algún descuido en el cumplimiento de los deberes de justicia y caridad, pero, en cambio, teníamos «prósperas instituciones de beneficencia y asistencia pública y privada».

Aquí está reflejado con toda claridad uno de los perfiles más agudos de la auténtica terrible tragedia de la Iglesia española. Porque en esas palabras que los Obispos escriben sin percatarse de su importancia, como expresión de su convicción más profunda, ponen claramente de manifiesto su incomprensión y su desvío de las clases populares. No creen que el pueblo tenga que pe-

dir nada, porque no conocen el cinturón de miseria que rodea a los grandes centros urbanos, porque no sospechan siquiera las necesidades de los campesinos españoles, porque no han sentido el agobio de los días de paro en los hogares obreros, porque ignoran las cifras horribles que la tuberculosis alcanza en la juventud obrera, porque encuentran naturales las humillaciones, los malos tratos, los sufrimientos que muchos malos patronos hacen a sus obreros; porque no les imprta que las madres tengan que ser arrancadas de sus hogares y suplir con su trabajo la insuficiencia del jornal de su marido, porque no les conmueve el hecho terrible de que la prostitución, la mendicidad y el alcoholismo sean los recursos naturales con que tratan de defenderse millares de hermanos suyos; porque no les duele la ignorancia espantosa que hasta ahora ha habido en grandes capas de la población obrera, porque para ellos está bien que una exigua minoría de privilegiados derrochen necia y viciosamente lo que otros necesitan para vivir más humanamente. ¡Dolorosa confesión la de los Obispos españoles! Los obreros tienen asilos y hospitales, ¿por qué piden más?

6) «La guerra de España —dicen— no es más que un episodio de la lucha universal entre la democracia y el estatismo; el triunfo del movimiento nacional llevará a la nación a la esclavitud del Estado». Los Obispos se abstienen prudentemente de manifestarse sobre este punto y se escapan por la tangente del peligro comunista. Sin embargo, puesto que se les acusa concretamente, parece que era la ocasión oportuna de dar su opinión sobre esos famosos 18 puntos del programa de Falange Española, que han sido dogmáticamente declarados doctrina nacional. ¿Es que no encuentran en ellos nada peligroso? ¿Es que no les asusta, además de lo que dicen, la influencia nazi que transparentan? ¿Es que no temen que en un régimen totalitario, con las demás libertades no perezca también la religiosa? ¿Es que ahora mismo no han perdido ya gran parte de su libertad? ¿Cómo es que no protestan contra las injusticias, los atropellos, los abusos que ellos mismos reconocen que e han cometido en la España blanca?

7) «Se imputan a los dirigentes del movimiento nacional crímenes semejantes a los cometidos por los del Frente Popular. El ejército blanco —leemos en una acreditada revista católica extranjera— recurre a medios injustificables, contra los que debemos protestar... El conjunto de informaciones que tenemos indica que el

terror blanco reina en la España nacionalista con todo el horror que presentan casi todos los terrores revolucionarios... Los resultados obtenidos parecen despreciables al lado del desarrollo de crueldad metódicamente organizada de que hacen prueba las tropas».

En su costentación los Obispos se limitan a afirmar sin pruebas, que el articulista está pésimamente informado, pero tienen que reconocer que «tiene toda guerra sus excesos y los habrá tenido sin duda el movimiento nacional». Pero, por lo visto, ellos no se han enterado y suponen piadosamente que se habrán cometido «por error o por gente subalterna», y se apresuran a explicarlos afirmando que «nadie se defiende con total serenidad de las locas arremetidas de un enemigo sin entrañas». En todo caso, añaden, siempre serían mayores los cometidos por los «rojos».

La argumentación, muy discutible en toda hipótesis, es francamente inadmisibles en hombres de conciencia como los Obispos. ¿Es que por muchos que sean los crímenes de los «rojos» pueden quedar justificados los crímenes de los «blancos»? Y ¿por qué a los de éstos se les buscan tantas atenuantes, mientras que a los rojos se les llama fieras sin entrañas? Y ¿cómo conocen tan bien los crímenes que se han cometido en la zona gubernamental cuando ignoran los de su propia zona? ¿Es que no se han enterado de las matanzas de Badajoz y Málaga, de los fusilamientos de Sevilla y Valladolid, de la destrucción de Durango y Guernica? ¿Por qué no visitan las cárceles y hacen una encuesta entre los detenidos? ¿Es que pueden, en conciencia, afirmar que no han habido millares y millares de fusilamientos sin proceso de ninguna clase? Y ¿cómo su conciencia no se revuelve indignada ante el hecho, que ellos mismos reconocen, de que «por error» se mate a hombres inocentes? ¿Es que pueden encontrarse a gusto en un régimen en que «la gente subalterna» mata porque sí a los ciudadanos? Y ¿qué orden es ese en el que los subalternos pueden disponer de la vida de los demás sin que inmediatamente sean castigados? ¿No les dice nada el pánico con que la población civil huye de los legionarios? Y ¿no saben tampoco nada de los procedimientos —que el mismo Queipo de Llano ha proclamado en la radio de Sevilla— con que imponen el «orden» en la retaguardia?

(Continuará)

Responsabilidades EN SANTANDER

El profesor Paul Langevin, que preside con tanto sentido de lo humano el Comité de Coordinación y de información de la ayuda a España republicana, acaba de dirigirnos un angustioso llamamiento. Los ejércitos italianos y fasciosos han hecho en Santander cinco mil prisioneros republicanos. Se trata de hombres que han defendido su país con las armas en la mano contra el invasor. Estos prisioneros están hoy en poder de Franco, y ya se sabe por las experiencias de Badajoz y de Málaga, lo que ocurre con los prisioneros que cogen los ejércitos franquistas.

De trece a quince mil hombres fueron ametrallados en la plaza de Toros de Badajoz. Era al principio de la rebelión.

A principios de marzo, millares de prisioneros corrieron la misma suerte en Málaga. Franco dió orden el 18 de julio de 1936 de exterminar el «marxismo» en España. Es preciso, dijo, que no se hable más de socialismo, ni de comunismo, ni siquiera de democracia en España durante muchas generaciones. Hay que asesinar, por consiguiente, a quienes no temen defender su fe al mismo tiempo que su país. Así, en Sevilla, y más tarde en Zaragoza, fueron fusilados seis mil «marxistas», entre el 19 y el 22 de julio del año pasado.

Hay cinco mil prisioneros de guerra en poder de Franco, en Santander. ¿Qué será de ellos? ¿Europa, la Sociedad de Naciones, los hombres reunidos en Ginebra, van a asistir impasibles a las nuevas matanzas que se preparan y que es posible estén ya en vías de ejecución? ¿Existe todavía una conciencia universal? ¿Se va a poner término al fin —y es fácil si se quiere— a los abominables crímenes cometidos por los fascistas? Los Gobiernos de Francia e Inglaterra disponen de todo lo necesario para imponer a Franco y a los suyos el trato que han de dar a los prisioneros hechos en Santander? Las flotas inglesa y francesa están en su puesto. Pueden bloquear las costas de España y Portugal, aliado de Franco. Pueden aislar a los rebeldes y reducir a la impotencia sus navíos de guerra. No se trata ya de guerra civil, ni siquiera de guerra, sino simplemente de la ejecución de

un deber de policía internacional contra los criminales del derecho común.

No apelamos con estas líneas a la conciencia de un Franco, sino a las de los hombres de Estado reunidos en Ginebra. No se puede callar más. Su responsabilidad en el drama español está mucho más comprometida, a los ojos de las masas populares de todos los países, de lo que muchos de esos mismos hombres de Estado suponen. El que pudiendo impedirlo, deja cometer un crimen, se hace cómplice del autor. Así razonan los trabajadores de todas las partes del mundo, en lo que se refiere al drama de España.

La copa de las cobardías ante los crímenes del fascismo y de sus cómplices está próxima a desbordarse. Hacemos saber lo mismo a los católicos que a los liberales que el marxismo no tiene nada que ver con la matanza que Franco prepara en Santander. De los cinco mil prisioneros que esperan suplicio, no hay más de diez que conozcan las obras de Carlos Marx y no hay cien que pertenezcan al Partido Socialista o al Partido Comunista. Todos, salvo contadas excepciones, son católicos. Muchos son sencillamente republicanos. Todos aman apasionadamente a su país, a su terruño, en el cual lucharon sus padres por la libertad durante siglos. Todos han querido defender su Patria contra el invasor, representado a su ojos por estos ejércitos a los cuales ha dirigido Mussolini sus calurosas felicitaciones.

Los puños se crispan al pensar que es necesario escribir estas cosas para salvar las vidas de soldados que han obedecido al deber de defender su país que les dictaba su conciencia de hombres.

¿Será preciso dar la razón a la propaganda fascista cuando afirma que las democracias no tienen para dirigirlas sino hombres desprovistos del sentido de responsabilidad personal? Habrá que admitirlo si, después de tantos crímenes del fascismo internacional, las democracias y la Sociedad de Naciones dejan que se cometa impunemente la matanza de los cinco mil prisioneros republicanos de Santander.

(«Le Travail», 16-IX-37.)

L. NICOLE

SEGURIDAD MEDITERRÁNEA

La cooperación italiana no puede aceptarse como pretexto para mantener la mentira de la No Intervención

Que Italia deba participar en la conferencia de técnicos navales que se efectuará pronto en París, es un hecho, cuya utilidad y alcance puede apreciarse de diversas formas.

Hay, sin embargo, una cosa cierta: no constituye para Italia el buen éxito que los admiradores y lacayos de Mussolini pretenden, ni un acto de contrición de Francia y de la Gran Bretaña. Antes al contrario, no disimula siquiera el retroceso fascista.

Después del acuerdo de Nyon, en el cual no tomó parte porque no quiso, los periodistas del duce se pusieron a gritar como micos en jaula para demostrar que el acuerdo no podría aplicarse puesto que Mussolini no había dado su consentimiento, y para reclamar la paridad en la formación de las patrullas.

La única actitud lógica para el Gobierno de Roma hubiera sido proclamar que puesto que el acuerdo mediterráneo había sido firmado contra Italia, la flota italiana conservaba su libertad de movimiento y no tenía por qué ocuparse de las medidas establecidas en Nyon.

No lo hizo, y ahora se declara dispuesta a cooperar en la puesta en vigor de un acuerdo, que si bien no se ha dicho que fuera dirigido contra los actos de los navíos italianos, nadie ignora que tiene por objeto el ponerles fin.

Ahora, los italianos se muestran dispuestos a participar en esta empresa colectiva de limpieza fundada en el empleo eventual de la fuerza. No se puede pensar que el acuerdo

gane con la participación de aquellos; pero si se ha comprobado que la «piratería» terminó en cuanto se supo que Francia e Inglaterra estaban resueltas a impedirla. Es una observación que debe merecer la atención del mundo.

No cuentan tampoco las modalidades de esta paradógica y eventual cooperación italiana, para la que los fascistas solo reclaman ya una «igualdad moral».

El problema es muy otro. La «piratería» en el Mediterráneo o —mejor dicho, los actos de guerra que

El Reich continúa su persecución religiosa

BERLIN. — Por orden de Heinrich Himmler, jefe de la policía alemana, y de acuerdo con el Ministerio del Interior, ha sido prohibida en toda Alemania la circulación del Servicio de Información del «C. J. C.» (Centro de Información Católica), que se edita en París.

También se ha prohibido la entrada en el país del «Elsaesser Kurier», de Colmar (Holanda).

Este "Boletín" se reparte gratuitamente

se han designado con este nombre no es una cuestión aislada. Una vez más, no es sino un aspecto del problema español, una nueva agresión fascista. La terminación de esta piratería, si puede tomarse como definitiva, no resuelve el problema general, ni permite olvidarlo.

La cooperación italiana en las patrullas navales del Mediterráneo ¿puede aceptarse como un medio de permitir la continuación en España de la intervención militar alemana, italiana y portuguesa, como un pretexto para mantener la mentira de la no-intervención? Si fuera así, constituiría una burla más e incluso, para hablar con propiedad, sería la contradicción más lamentable de los discursos de Ginebra.

Ayer tuvieron una entrevista, al margen de la Asamblea, Ivon Delbos y el representante de Italia. Dicesse que el ministro francés recordó al observador del Duce sus declaraciones sobre los pretendidos «voluntarios». La retirada de España de las fuerzas combatientes extranjeras es la condición elemental de la no-intervención y de toda cooperación con Italia. ¿La aceptará Mussolini? Persistimos en nuestra creencia de que no. Pero la conclusión es clara y no debe retrasarse; ha de ser la apertura de la frontera francesa y el reconocimiento del derecho del Gobierno español a proveerse de medios de defensa contra la guerra civil y contra la guerra extranjera.

M. HARMEL

«Le Peuple», 23-9-37.

La cooperación italiana en las patrullas navales del Mediterráneo ¿puede aceptarse como un medio de permitir la continuación en España de la intervención militar alemana, italiana y portuguesa, como un pretexto para mantener la mentira de la no-intervención? Si fuera así, constituiría una burla más e incluso, para hablar con propiedad, sería la contradicción más lamentable de los discursos de Ginebra.

(M. Harmel. -- "Le Peuple".)

Los franquistas cogidos in fraganti

¿Con cuánta facilidad se arreglan las cosas cuando se dan muestras de un poco de energía!

Después del acto de firmeza de Nyon, Italia dirige su más dulce sonrisa a Delbos y a Eden, a quienes vituperaba anteayer...

Después del traslado del comandante Troncoso a Brest —y no al puerto que fué teatro de sus hazañas, sino a una sólida cárcel— Franco se ha puesto a reflexionar si no convendría más abandonar a su subordinado, que se condujo como un perfecto majadero, y adoptar la postura moral del hombre que ignora enteramente la cuestión.

Ayer, la cosa era distinto: el Cónsul de Francia en Málaga, M. Desmarts, estaba vigilado de cerca por las bayonetas franquistas, en espera de ser encarcelado; ya se había designado como rehenes a pacíficos comerciantes franceses, residentes en San Sebastián, Bilbao, Irún y otros sitios para conducirlos a campos de concentración... Los periódicos franceses favorables a Franco, aparecían llenos de sombríos pronósticos de represalias... Hoy, ha cambiado la decoración. Los colaboradores de Franco, y aún los más inmediatos servidores de Troncoso, abandonan a su triste suerte al criminal promotor de los atentados realizados en nuestro territorio; el Cónsul Desmarts no está aún libre de la vigilancia a que se le ha sometido, pero apostamos cualquier cosa a que, ante la fir-

me protesta del Quai d'Orsay, esta situación no se prolongará muchos días; la frontera francoespañola de Hendaya vuelve a abrirse y se restablece el régimen normal; los falangistas y requetés que iban a tomar por asalto la ciudad ribereña del Bidasoa, se mantienen pacíficamente en el lado opuesto, liando pitillos; y la nube de espías que infestaba Biarritz, San Juan de Luz, etc., levanta el vuelo hacia Fuenterrabía para ponerse a salvo.

¿Cuál es el motivo de todo esto? Muy sencillo: Franco se siente humillado por la evidencia de los hechos; comprende que no puede discutirlos; y que la única actitud que pueda adoptar frente al mundo que le juzga es la de fingir ignorancia de los crímenes de sus subalternos...

Porque éstos confiesan y seguirán confesando: Tamborini ha dicho quién le pagó; Cantelli, lo mismo, y así harán, seguramente, los hombres de Troncoso.

La caja franquista y también la caja italiana, han alimentado a toda esa ralea, que multiplicaba los atentados en nuestro territorio, sin preocuparse de la pérdida de vidas humanas.

Los secuaces de Franco han sido cogidos in fraganti. El generalísimo de la felonía española los va a abandonar.

Con ello, no hará sino completar su figura histórica.

(«La Dépêche», 24-9-37.)